

recurrente y vulgar y él pero usted dijo en un santiamén "en un pisapiés mientras despabilo estos atalajes de por medio".

— Pero que, y que eso me lo rogaba muy encarecidamente, no tuviera "no tenga usted miedo" y que con casi nada — agregó — de buena "aunque eso sí, buenísima — puntualizó y que en eso ni se me ocurriera le suplico que en eso no me vaya usted a racanear que sería nefasto" — voluntad y unos ensayos por mi cuenta para soltarse y adquirir práctica terminaría yo sola por encontrarme en punto y que ya podía mirarme si quería.

— Pero que era ahora, "ahora que sí me lo pedía" cuando no era capaz de abrir ella la boca y, ella "no teniendo por qué saber interpretar mi silencio" y con los ojos suyos bajos le preguntó si pensaba que la podría perdonar. Y, ella, ¡pero criatura si nunca me había visto tan guapa!

— Pues podíamos ir nosotras un día, ¿no?, a ver cómo nos dejaba.

— Y la otra que no, que no se lo decía por el maquillaje y sí por la vara que le había dado con tanto, tanto hablar.

— Pues entonces no, que la gente que habla mucho a mí me pone la cabeza así... Así que, ¿tú que dices?

— Depende hija de lo que tú quieras oír si bien, las grandes salidas, las triunfales y verdaderamente airadas le repli cón puede que algo soltara don Federico, no avinien mal con las soluciones gruesas y triviales.

Y yo le dije "¡vara!" y que eh que no que no de vara nada "¡ha sido una conversación encantadora!" pero que, sinceramente, no me lo tomase a mal pero era muy posible que los con sejos que me había dado los echara como aquel que dice en su co ruta.

— Y "oh, no" pero que no se preocupara mucho porque eso iba sólo por los de maquillaje y, la otra "pero si no le he da do ningún otro": depende hija de lo que tú quieras oír.

— Pues... a estas horas y oyendo como estoy la llave en la cerradura de la puerta una solución sencilla y rápida.

— Muchas patatas fritas.

— Ya a ser poco pero... oye, ¿cómo le contestó eso?

— Pues... poniendo un par de huevos.

— ¡Para cada uno?

— Claro, para cada uno.

[Comentario](#)

Este final, que según chismorreó Cora Recuero a sus amigas más cercanas le pudo costar a Begoña una muy buena reprimenda por parte de la señorita Gloria — que lo habría **calificado de vulgar** y, a ella, sabiendo cómo era de remilgada la señorita Gloria y que detestaba cualquier tipo de expresión que indujese aún muy de refilón a interpretaciones equívocas, de niña pindonga y descarada — mereció, empero, gracias a la venturosa coincidencia de que ella, Gloria, se vio aquejada de uno de los cólicos nefríticos que frecuentemente la mantenían en cama y alejada por tanto de su labor docente, calurosos elogios por parte de la señorita Corcuera<sup>1</sup> que, resentida porque sólo se la requería de mala gana y exclusivamente para hacer suplencias, encaraba su condición de segundona con la mejor de sus sonrisas y celebrando todo cuanto toda “señorita como Dios manda” denostara; pero las maledicciones de la Recuero gozaron siempre, aun entre sus amigas más cercanas, de tan escasa credibilidad que, ellas, las “amigas”, prestaron oídos sordos a semejante bulo y difundieron, por el contrario, una versión de los hechos muy distinta consistente en que — como la señorita Corcuera estaba ciertamente harta de hacer relevos y muy deseosa de adquirir una plaza en propiedad para poder, como cualquier otra titular, tumbarse como si dejáramos a la Bartola — rogó encarecidamente a la interesada que cambiase de menú “porque entiéndelo, Begoña; no tengo gana de líos”; pero Begoña, bien porque no estuviera por la labor de quebrarse los cascos o mal porque fuese una cocinera pésima, parece ser que se negó y que la otra, la Recuero, rencorosa y resentida, dijo “vale” — cuando se enteró, como en comunidades tan pequeñas como la

nuestra todo se sabe — pero que a ella, “sin mirar a nadie” (menos a la hermana pequeña de las Salcedo que había faltado porque tenía anginas), “alguien me las pagará”.

Y que (pero por lo bajo) “hatajo de cabronas” aunque Encarnación se hizo como la que no la oyó; haciéndose la loca así como que “bueno, a mí qué me importa” como — porque a base de suplencias le había pillado el tranquillo al tema y estaba puestísima — sabía muy bien (o todo lo bien por lo menos suficiente para no suspender) que Georgina, tan engreída y segura de sí misma, no tenía ni por asomos la bonísima cabeza de Genoveva; sin equivocarse nunca de qué tocaba cuándo dónde y a quién.



---

<sup>1</sup> Lo habitual era llamar a las señoritas por su nombre de pila, pero por alguna razón desconocida a ésta, Encarnación, siempre se la llamó señorita Corcuera.